

CAPÍTULO II.

TEMPESTADES EN UN VASO DE AGUA.

I.

Hacia algunos años que el estandarte de S. M. Carlos V se habia plantado vencedor sobre la arena ensangrentada de la conquista, cuando el ilustrísimo Sr. D. Vasco de Quiroga, fundador de la Sagrada Mitra de Michoacan, estableció, bajo la advocacion de *San Nicolas*, obispo de Mira, un colegio en la ciudad de Pátzcuaro, destinado especialmente á la instruccion de los indios *tarascos*.

Posteriormente, un fraile capuchino fundó otro colegio en las *lomas chatas de Guallacareo*.

El establecimiento fué bautizado con el nombre de "Colegio de San Miguel," y debió coincidir su fundacion con la del convento de San Francisco, uno de los mas antiguos de la ciudad de Morelia.

El colegio de San Miguel y el convento de los franciscanos, teniendo en su derredor algunas casucas ya á fines del siglo

XVII, formaban un gran centro de poblacion, que arrebatando á Pátzcuaro la primacía, se engalanó con el título de capital, llevando el nombre histórico de Valladolid.

Sobre las lomas predestinadas de Guallacareo se levantó la Catedral, ese monumento admiracion de los viajeros y orgullo de los michoacanos.

El gobierno político de la provincia y la Mitra de Pátzcuaro, abandonaron la ciudad de su cuna.

La autoridad canónica y la civil fueron á rendir sus homenajes á la beldad que conserva aún la supremacía, como la favorita de un harem, entre los pueblos y ciudades, del suelo encantado de Valladolid.

El colegio de San Nicolas siguió el torrente de inmigracion, y al incorporarse al de San Miguel, le impuso su nombre en son de conquista; este fué el único triunfo de la ciudad abandonada.

El colegio de San Nicolas presentaba entonces el aspecto severo que dieron á sus edificios los españoles de la edad media. Dos anchos patios enclaustrados por cuatro corredores apoyados en arquería de chiluca, y de dobles pisos.

En el primero y en la parte superior del edificio, estaban las habitaciones del *regente* y las de los catedráticos.

En los bajos, las cátedras, la capilla, el salon de actos y la biblioteca.

Comunicábase este primer patio con el segundo por un pasillo, donde estaban el refectorio, la despensa y algunos salones destinados á cátedras de facultad mayor.

En los altos, los dormitorios de los colegiales, la enfermería, almacenes y piezas de aseo.

Tal era la distribucion del edificio, que diremos de paso, se halla situado en la *calle Real*, en la parte que lleva su nombre, y al *sud-oeste* de la plaza principal de la poblacion.

II.

A fines del siglo XVIII ya los *indios tarascos* apenas conservaban algunos lugares en el colegio, y se daba el caso que algun recomendado del señor obispo pasaba por *tarasco* para el hecho de optar la colegiatura.

Conocido ya el local por nuestros lectores, los pondremos al tanto de lo que pasaba una de las noches de borrasca en el referido colegio de San Nicolas.

Hacia algunos meses que una especie de clérigo, llamado Cipriano Pontolongon, se habia recibido como maestro de apentos.

La catadura del reverendo padre no era de lo mas conveniente.

Tenia una cabeza chata y aplastada, cubierta de un cabello recio como el del puerco-espín; pero en cambio, su frente era deprimida, y sus ojos verdes y redondos como los de la lechuza.

Cierto era tambien que su boca era enorme, y que solo conservaba dos colmillos amarillentos; pero no es menos cierto que sus orejas parecian robadas á una esfinge.

El resto de aquel individuo, es decir, su cuerpo, era ancho y membrudo, y sus piernas formaban un paréntesis perfecto, exceptuando unos pies enormes y desconchavados, que el clérigo tenia cuidado de arrastrar.

Añádase á todos estos encantos una nariz arremangada y semivelluda; póngase sobre ese *todo* una sotana negra y grasienta, y se tendrá el *total* del subdiácono Cipriano Pontolongon.

Cuando al semi-clérigo se le ocurría hablar, aquellos labios regordidos se tornaban en catarata, y una lluvia menuda caía con mucha gracia sobre la persona que desgraciadamente se acercaba á dos metros (como hoy se dice) de aquel personaje.

Cipriano Pontolongon se acicalaba los sábados en la tarde, para officiar en la *misa mayor*.

A las cuatro de la tarde entraba el maestro barbero, llamado D. Joaquin María de los Ramos, armado de vacía y estuche.

Sentábase Pontolongon á una silla de vaqueta, poníanle las toallas, le remojaban durante media hora la barba, que salía en puas por sus estrechos poros, y comenzaba la operacion.

El flebotomiano acariciaba su inmensa navaja en la *correa* de ordenanza, y tomando por la nariz al subdiácono con una habilidad exquisita, daba tajo sobre tajo, hasta lograr la desaparicion de las referidas puas.

Tres repasadas ó cuatro se necesitaban para dejar en buen estado al reverendo padre: seguía la rasurada de la corona, donde se mellaban dos pares de navajas, porque eso de rasurar bueyes no estaba en el libro del señor de Ramos, barbero acreditado de Valladolid.

Durante aquella tarea, Pontolongon indagaba las vidas ajenas, dando *cuerda* al barbero, cuya *cuerda* es la misma que la hasta hoy acostumbrada en esa benemérita clase.

No echaba en saco roto ni el menor detalle de la conversacion, y sacaba buen partido de los cuentos y leyendas del flebotomiano.

El señor de Ramos doblaba, despues de hora y media de trabajo, sus servilletas, envainaba el navajon, y ponía en manos de su víctima un espejito.

Pontolongon al ver su imágen se sonreía satisfecho, y daba *un real* al maestro.

Despues de siglo y medio nada han adelantado los barberos en materia de tarifa; pero en cambio, por el duplo, los franceses peluqueros se encargan de desollar vivos á sus parroquianos.

El reverendo padre se levantaba con la aurora, *espía* por todas las rendijas, se ponía á *escuchar* todas las conversaciones, era un Argos, un policía perpetuo, un vigilante de todo el establecimiento.

Cuando el cocinero estaba entretenido en batir el chocolate, ya Pontolongon estaba á su espalda viendo si mermaba las ta-

blillas. De improviso volaba á la portería, al dormitorio, á la capilla, al refectorio, á las cátedras; parecía multiplicarse, subdividirse, hasta parecer doscientos ó trescientos Pontolongon.

Hubo vez que los mozos de aseo, al ir á robar el sebo de los faroles, encontraron al maestro de aposentos, ya muy entrada la noche, *acechando* desde una pilastra, y lo descubrieron por el olor infernal de su *puro de á doce*.

III.

Este *dómine* era catalan de nacimiento, y tonto de los que el vulgo llama de *capirote*; fanático peor que Torquemada, hubiera visto en la hoguera á cien herejes con todo el placer de su corazón.

Un tío paterno lo habia presentado como á propósito para familiar del Santo Oficio, y el señor inquisidor encargado de la recluta de verdugos, lo creyó apto para las *tareas*, y fué admitido.

Portóse con tanta asiduidad, que en conciencia merecia un premio; así es, que se le dieron las órdenes menores y se le destinó á lo que se ofreciera.

Algo se ofrecia por el colegio de San Nicolas, donde Pontolongon estaba presente.

El maestro de aposentos se grangé la antipatía universal de los colegiales.

Procedióse á ponerle *sobrenombre*, y despues de varias aplicaciones, (siempre de animales) se convino en llamarle *Chacal*.

Aparecieron en las columnas, en los aposentos, en la puerta de la capilla diferentes retratos del padre Pontolongon, con un letrero que parecia salir de sus labios: "*Soy el padre Chacal*."

Enfurecióse el *maestro*, mandó borrar aquellos retratos, que reaparecian como hoy los ejemplares de la fotografía, y hubo

atrevido que prendió con un alfiler á la sotana del *dómine* uno de los retratos.

Revolvía el maestro sus ojos verdes como dos globos de lotería, buscando en quien cebarse; porque á favor de la noche se desprendia siempre una voz que llegada vibrando á sus oídos: "¡Padre Chacal!" Entonces llevaba la mano crispada á la disciplina y murmuraba horrores entre sus colmillos, que enseñaba como los de un puerco-espín, lamiéndoselos con furor.

Algo contenia aquella rabia, que de estallar hubiera derribado el edificio y descuartizado á los estudiantes.

Como no conocemos los *chacales*, ignoramos si el nombre estaba bien aplicado; pero de lo que salimos garantes es de la identidad de propensiones.

El subdiácono habia hecho circular la voz de que el obispo, para probar su vocacion á la vida eclesiástica, le tenia prevenido asistir á las diversiones y mezclarse en las clases todas sociales, antes de conferirle las órdenes mayores.

Estas especies eran creidas por el vulgo, que no extrañaba la presencia del *dómine* en todas partes donde sonaba una jaranita ó repicaba un buen *jarabe*.

El rector de San Nicolas, preocupado con asuntos mas graves, no paraba la atencion en la conducta del *maestro*, que se ocupaba solamente en vigilar, puesto que no podia encargársele nada que trascendiese á instruccion, por aquello del *capirote*.

Ya se habia entablado cierto antagonismo entre Pontolongon y los colegiales, que debia parar en mal.

Ya en la hora de refectorio habian acertado á darle un pelotazo con miga de pan en las narices; otra vez llenaron de miel la silla de la cátedra, y al levantarse Pontolongon, se alzó con el asiento pegado á la sotana.

Un domingo, al volver de la capilla, encontró pintado un diablo en la primera hoja del Breviario, y vacías las *cajetas* con que sustentaba su gula desesperada de dulce.

Una mañana de Pascua al ir á meter sus pies en las botas,

las encontró llenas de agua, y al calarse el bonete escurrió por su rostro la tinta vertida por los colegiales.

—El dómne “suda-tinta,” decían los escolares.

Pontolongon se vengaba jubilándoles sin piedad, privándoles del chocolate, y vapulándoles cuando encontraba una oportunidad.

Insistimos en que *algo* había por aquel colegio, para no renunciar á un empleo que aparejaba tantos sinsabores y malos ratos.

IV.

Los colegiales de San Nicolas se paseaban en los corredores esperando la hora de *rosario*; en aquellos tiempos se daba á las siete en punto.

Un grupo de diablillos asentaron sus reales junto á una de las pilastras, se trataba nada menos que de un motin.

—Es necesario vengarnos de este maldito *chacal*, decía un estudiante de boca aguzada y cabellera rubia.

—Sí, la venganza, repitió otro escolar, cuya fisonomía estaba indecisa entre la zorra y el perdiguero.

—Yo soy de opinion que le tapiemos la puerta del cuarto.

—No está mal pensado ese *emparedamiento*; pero á las pocas horas se vería libre, y trabajo perdido.

—Pues démosle un purgante.

—Es demasiado poco; además, que pudiera venirle bien y hasta darnos las gracias.

—Pues aflojemos el cordel del farol de manera que le caiga á plomo en la cabeza.

—Esas son palabras mayores.

—No importa.

—Démosle *cavalonga* para que reviente.

—¡Jesus le ayude!

—No hay que asustarse, yo no estoy por los términos medios.

—Tengo otra idea, le asaltaremos esta noche misma, lo envolvemos en su colchon, y le damos un remojo en la fuente.

—Bien, bien, el remojo! respondió el grupo de escolares.

—Tiene su peligro el regalillo, y es necesario ir seguros de la aventura; propongo que le demos una *manta*; pero una como no hay ejemplo hasta ahora en los anales del colegio.

—Elijamos terreno.

—La capilla.

—Hora?

—La de *rosario*.

—Bien, tú te sitúas junto á la primera lámpara; tú te encargas de la segunda.

—Y nosotros de las restantes.

—Bien; ú la voz de “*manta al chacal*,” hacemos una de *tinieblas* que medio matamos al santurrón.

—*Manta al chacal!* repitieron solemnemente los conjurados; y aquella contraseña corrió como por telégrafo entre la turba de estudiantes.

El padre Pontolongon husmeaba algo en la atmósfera; pero no atinaba con lo que sería.

V.

Cuatro campanadas sonaron en la esquila de San Nicolas.

Entonces la estudiantina se precipitó en la capilla seguida del dómne, que con una gran disciplina al cinto de la sotana, se mezcló entre la multitud para hincarse en la tarima del altar y llevar la voz en el *rosario*.

Los grupos de colegiales se situaban de una manera alarman

te en la capilla, y habia cuchicheos y señas de inteligencia que el dómine no percibia, ocupado con la *batuta* religiosa.

Concluyeron las oraciones del rosario que preceden á la letanía, y el clérigo Pontolongon leyó la vida de San Gumesindo y la de Santa Glafira vírgen.

Comenzó siempre con voz gangosa el salmo: *Kirie eleyson*.

Los colegiales no respondieron.

El dómine creyó que no le habian escuchado, y dijo en voz mas alta:

—*Kirie eleyson!*

El mismo silencio.

—Digo, gritó exaltado, que *Kirie eleyson!*

Solo las bóvedas repitieron el eco de la voz airada del maestro de aposentos.

—Esto es un tumulto, y voy á castigar á todos los revoltosos!

Los colegiales soltaron la carcajada.

—Dios mio! exclamó el clérigo, la santa capilla de San Nicolás está violada con este desacato; aquí debe tomar cartas la Inquisicion.

Otra carcajada homérica de la estudiantina.

—Esto, continuó el clérigo electrizado por la rabia, no se ha visto nunca: ¡*anatema sit!*

Otra carcajada mas estrepitosa.

—Nadie cena esta noche, y queda por tres meses jubilado todo el colegio por esta falta de reverencia; solo quedan excluidos los *denunciantes*.

Aquellas palabras llamaron sobre la cabeza del clérigo una tormenta.

De entre los grupos de la estudiantina salió una voz aguda y chillona, que dijo perceptiblemente estas palabras, que helaron de espanto al dómine:

—¡*Manta al chacal!*

A esta señal de alarma, las *turcas* dieron sobre las luces de la

capilla, quedando el clérigo y la estudiantina envueltos en la mas densa oscuridad.

Dirigiéronse en medio de las tinieblas en derechura al altar, sitio desde donde el maestro de aposentos los apostrofaba terriblemente, y dieron una sacudida soberbia al infeliz clérigo, que se denunciaba en la oscuridad á fuerza de pedir socorro en latin y en castellano.

Cerca de un cuarto de hora duró la felpa.

Al ruido acudieron los sota-ministros del colegio llevando luces; pero cuál fué su asombro al encontrar á los colegiales todos arrodillados y contritos en su mismo sitio.

El clérigo bufaba de coraje; sus cabellos de jabalí estaban en desórden, la sotana rota y en girones, y el cuello á guisa de gollilla.

—Qué pasa, padre Pontolongon? preguntó un sota-ministro.

—Qué pasa? repitió el clérigo; que en esta corona consagrada me han dado de pescozones estos herejes.

—Va á causar un escándalo en la católica Valladolid este sacrilegio; *si quis suadente diabolo!*

—*Anatema sit!* respondieron los maestros.

—Es cierto que estoy ordenado solamente de *epístola*; pero no por eso soy menos inmune; los cánones me favorecen, los concilios me apoyan, y los dichos de los Santos Padres me amparan!

—Avisemos al señor rector.

Quedóse pensativo el clérigo por algunos momentos; pero reflexionando la enemiga que se echaria encima con la acusacion, optó por un medio de conciliacion.

—El rector es terrible, dijo, y va á hacer un escarmiento; mi mision es evangélica, y si estos jóvenes me piden *perdon*, todo quedará olvidado en honor del buen nombre y concepto católico del colegio de San Nicolas.

La estudiantina, para completar la burla, comenzó á gritar en tono de aguacero:

—Perdon!---- perdon!---- perdon!---- hasta aturrullar al maestro de aposentos.

—Bien; os perdono y cuidado con otra, porque daré parte á la rectoría y hasta al señor obispo de la diócesis.

—Amen! contestaron los estudiantes; y dirigiéndose al *refectorio* cenaron con el mejor humor del mundo.

La esquila tocó á *silencio*, y media hora despues el reposo mas profundo reinaba en todos los departamentos.

VI.

Despues que los colegiales se encerraron en los dormitorios, Pontolongon se entró en su aposento mordiéndose las manos de furor, y jurando vengarse de los rapaces que tan desapiadadamente lo habian vapulado.

Sus ojos verdes lucian como los del tecolote, y sus narices se inflaban arrojando el aliento en un mugido de cólera.

—Ya me la pagarán esos condenados, decia gruñendo Pontolongon; los he de desollar vivos, y á los mas grandes los he de plantar en el tormento, ó pierdo la crisma del bautismo; ya conozco á los del tumulto.

Arrebujóse en su turca, tomó su sombrero, cerró la puerta de su aposento y se echó á andar por los corredores.

Al pasar por la puerta del rectorado, pegó su ojo vivaraz y maligno al agujero de la cerradura.

—Hola! hola! murmuró por lo bajo, esos son papeles clandestinos con que el señor rector se permite algo contra los cánones y el Estado: este es asunto muy sério y caso de conciencia; avisemos, avisemos, porque temo incurrir en excomunion; so-

bre todo, si el rector es encausado, nadie mejor que yo debe sustituirlo, esto es claro.

—Dios mio! continuó el clérigo sin despegar el rostro de la cerradura; con qué cuidado los desdobra! eso contiene algo nefando: ya tengo bien las señas de todo, la Inquisicion sabrá lo que hace, yo me lavo las manos---- Y qué ojos saca el rector!---- y como levanta las manos!---- tiene á los espíritus malignos! *vade retro, Satanas!*

Despues de observar todo el tiempo que le pareció conveniente, se alejó de puntillas, bajó la escalera, habló algunas palabras al oido del portero, y se perdió á lo largo de la calle.